

el no haber trabajado nunca y ser casi un extranjero en un país que lo adula como a una vampirera del cine.

Los grandes hombres no han sido creados por los pueblos; es inútil poner en duda sus decisiones colectivas. No es ésta la primera vez que uno de ellos proviene de los confines de la nación y casi de fuera. Pero es que hay entre los elegidos apreciables diferencias, e ignoramos si se deben someter éstas al juicio de las naciones. Bastó tal vez un poco de suerte para que Francia encontrara a Napoleón o fuese descubierta por él. Alemania ha caído bajo otro tipo de elegido. Es este gran hombre.

(De *Universidad Libre*. Bogotá).

Con Luc Durtain al Pie del Acrópolis

Por JANINE BOUISSONOUSE

EN estos tiempos de travesías y viajes organizados, es cada vez más difícil ir a rezar una plegaria en el Acrópolis.

Una mañana en que, como tantas otras, se hacía cola frente a los Propíleos, había descendido yo hacia el Céramico por ese dédalo de callecillas que huelen a fritura, a cueros y a jazmín.

A la entrada de los Soukos, donde los asnos se enfilan con su cargamento de sandías y de uvas, haciendo sonar las piedras azules del collar que los protege contra el "mal de ojo", un turista aspira el viento; no un turista—pues éstos, siempre están de prisa—, un paseante, un vagabundo de los dos hemisferios, el mismo que después de enseñarnos Moscú, ha prometido revelarnos el encanto mediterráneo; Luc Durtain, en persona—robusto, amable, atento—, tratando allí, como en todas partes, de ver mejor lo que ya le hace sonreír. Todo parece admirarle y, finalmente, nada le sorprende. Lo encontraréis en el boulevard Barbés, cerca de su casa, o en el bullicio de Monastiraki, podríais jurar que ya esperaba encontraros al volver la esquina, y os halláis todavía balbucientes de estupefacción, cuando, encantado y tranquilo, os tiende la mano, diciéndoos sencillamente: "Buenos días". Acaba—me dice—de llegar esa mañana a Atenas, después de un magnífico viaje a través de la Europa Central, los Balkanes y la Macedonia, "que tiene por entero la apariencia de la estepa asiática".

"Desde nuestros primeros pasos en tierra griega estuvimos conquistados (este "estuvimos" comprende a su esposa y a su amigo Pierre Worms, que guía el coche). Hemos hecho la romería de Delfos, de Delos y de lesius; nos hemos inclinado en Epidauró ante la memoria de Esculapio. . . Lo que más me maravilla aquí, además de los grandes recuerdos, es la vida del pueblo, tan encan-

tadora, tan auténtica, y el movimiento y color de estos pueblos y caseríos. Se encuentra aquí uno súbitamente en una civilización anterior a la máquina".

Cuando pregunto a Luc Durtain si piensa escribir sobre Grecia, me contesta: "No precisamente. . . , pero Grecia me servirá de fondo para expresar ciertas ideas. . . "La Famme en Sandales" no fue más que un *debut*; continuaré en dirección del Mediterráneo". Al día siguiente de este encuentro, una conferencia que dió Luc Durtain en el pequeño teatro Alicia, atrájo, a las 5 de la tarde, a una muchedumbre impaciente de oírle hablar sobre algunos escritores franceses y curiosa desos "gestos maestros" que se proponía explicar. . .

Uno tras otro, evocados por Durtain, que supo esculpirlos magistralmente, fueron apareciendo en escena algunos de los más ilustres, entre los ilustres. Con sus manos rápidas, Durtain esculpe las facciones; de una mirada las termina, con una palabra las anima.

He aquí a Paul Valéry, y su mechón de pelo, "el matemático que, como Eupalinos, se construye construyendo"; después André Gide, "silueta compleja, sinuosa, contorneada que, habiendo nacido viejo, ha sabido llegar poco a poco al entusiasmo de la juventud"; después Claudel, "el de ancha espalda, mirada firme, y mano levantada en un impulso lírico"; después Duhamel, "su ancha frente inclinada y su sonrisa tímida"; Vildrac, "este colega que se pasea bajo el sol y el viento"; después Jules Romains, "auvernés de cara compacta, estratificado como roca". . . Todos, o casi todos, los que están en esta sala, han leído los libros que se esconden bajo tales nombres, y así, la complacencia no es tanto por oírlos elogiar, como por verlos tomar forma. Y cuando Luc Durtain se levanta entre los aplausos, el público se apresura hacia la salida para verlo pasar, para tratar de conocerlo, a él, tanto como a los otros, que bien se podría asimismo creer presentes.

En la conferencia que siguió a ésta, Durtain habló de su viaje, expresó la emoción que ha tenido al ver animarse tantos mármoles. Se evocó, en respuesta, su regreso a esa Francia que mantiene vivo un ideal de generosidad, de libertad y de justicia. Y se le rogó que llevara el homenaje de los intelectuales helénicos a los intelectuales franceses. Uno de aquéllos concluyó modestamente: "Díganles usted que no tienen más que discípulos en este país, donde en otra época estuvieron sus maestros".

(De *Les Nouvelles Littéraires*).

